

## El abrazo

El pasado miércoles abracé a un amigo en plena calle. Nuestros cuerpos no se encajaron bien del todo, y chocaron torpemente. El impacto emitió un acorde mate, herrumbroso, que sin embargo me sacudió más adentro que cualquiera de mis batallas de carne en campos femeninos.

Durante la comida hablamos del Poema de Gilgamés. A mi amigo lo que más le fascinaba de aquella obra literaria era su materia (que estuviera escrito en doce tablas de arcilla); y su antigüedad: su ubicación entre la historia y la prehistoria: cuatro mil años de abismo. Y recordó un comentario de Borges sobre tan fabuloso poema épico: “Diríase que todo está en este libro babilónico. Sus páginas inspiran el horror de lo que es muy antiguo y nos obligan a sentir el incalculable peso del Tiempo.” A mí lo que más me fascinaba era el desgarrador canto a la amistad que se escucha en esas tablillas. Gilgamés es un semidiós que tiraniza la ciudad de Uruk. Los dioses, implorados por los afligidos, crean a Enkidu, un salvaje que crece en los montes. Es una prostituta, una hieródula, quien lo somete con la droga del sexo y se lo lleva como un borreguito a la atemorizada ciudad de Uruk, donde, según dice textualmente el poema, las ramera “¡Gobiernan a los grandes desde sus lechos!” Pero en vez de matarse, los dos héroes se enamoran; quiero decir: surge un enorme amor de amistad entre ellos que se sella con un beso. Y juntos salen a luchar contra terribles monstruos. Pero Enkidu muere por decisión de los dioses babilónicos, y Gilgamés agoniza de desesperación. Un buen día decide ir a visitar el reino de los muertos, donde está su querido amigo. Finalmente lo consigue y accede a la terrible visión de la verdad: Enkidu, ya muerto, le confiesa que todo lo que haya amado, o acariciado, está ahora roído por los gusanos, que todo está cubierto de polvo.

Al salir a la calle mi buen amigo y yo nos despedimos estrechando nuestras manos. Era como si de repente nos diera miedo amar tanto lo que algún día será polvo y gusanos. Ya nos habíamos alejado unos metros cuando, casi sincronizados, dimos la vuelta para abrazarnos de verdad, con fuerza, con valentía. Se abrazaban dos regiones del campo cuántico que describió Einstein, físicamente inmortales, y por lo tanto inmunes al polvo y a los gusanos que horrorizaron a Gilgamés.